

nuestra casa. Soplaban con furia el norte, y abrasando con brevedad las casas porque la materia estaba dispuesta y el fuego alentado con el furioso viento, ni dió lugar á que se sacase de los almacenes vecinos la hacienda, ni de las Iglesias los ornamentos y vasos sagrados; de suerte que en la nuestra, sólo se pudo, con mucho riesgo, librar la custodia del Santísimo Sacramento, dejando lo demás que lo abrasáse y consumiese el fuego, teniendo por bien cada uno de los vecinos librarse así del peligro, aunque pereciese toda su hacienda. Y así, fué increíble la suma que se perdió y notable el daño que aquella noche pobres y ricos padecieron abrasándose riquísimas preseas, cuyo valor, hecho el cómputo, pasaba de dos millones. Y lo que mayor lástima causaba, era ver tanta gente en las calles sin casas en que acogerse, destruida la mitad de la ciudad; que á la mañana sólo se vió un campo cubierto de cenizas. Al principio entendieron los nuestros que estaban libres del incendio, pero pegándose fuego á cuatro barriles de pólvora en la bodega de un mercader bien distante de nuestra casa, volaron con tanta violencia el techo, que resaltando en el nuestro algunas tablas y sembrándolo de muchos tejamaniles y astillas ardiendo, empezó juntamente por todas partes á arder tan sin resistencia ni estorbo, que en brevísimo tiempo abrasó toda la casa con sus alhajas, y la Iglesia con muy ricos ornamentos y escogidas piezas de plata de la sacristía. Sintieron mucho los vecinos nuestra pérdida tan considerable, y todos á porfia nos convidaban con sus casas, y se hubieron de repartir por algunas nuestros religiosos, socorriéndonos los vecinos con sus limosnas y alentándonos con esperanzas de otras más graves para edificio de más seguridad y fortaleza. En la Iglesia mayor nos acomodaron en el interin una capilla donde se colocó el Santísimo Sacramento y se dispusieron unos confesonarios para ejercitar nuestros ministerios, y celebraban nuestras fiestas ocupándose aquí los de la Compañía con el mismo fervor en los empleos santos de enseñar y predicar, como si estuvieran muy acomodados en su casa ó Iglesia propia. Pero en breves días acudieron con liberalidad y piedad al remedio de nuestra pobreza, así la gente de tierra como la de mar, lastimados del suceso y deseosos que se llevase adelante el fruto espiritual que en aquella ciudad y su comarca se había comenzado. Fué señalado en este sazón por Rector el P. Pedro de Cárdenas, que con su prudente agrado y solícita diligencia supo ganar las voluntades, de suerte que en breve labró un cuarto de casa de cal y canto fuerte y hermoso que estuviese libre de riesgos, y una pieza alegre y capaz que sirviese de Iglesia mientras se disponía lo que se pensaba labrar adelante; y con esto, quedó nuestra casa que hace vista al mar, segura y mejorada de puesto.

## CAPITULO XV.

FÚNDASE EN COLEGIO LA CASA QUE ANTES TENÍA LA COMPAÑÍA  
EN LA CIUDAD DE LA NUEVA VERACRUZ,  
Y ÁBRENSE ESCUELAS DE LATINIDAD EN ÉL  
PARA LA JUVENTUD AÑO DE 1639.

Como toda la ciudad tenía tan grande estima de la Compañía por lo mucho que Nuestro Señor se servía con sus ministerios y con el fruto que por sus ojos veían, principalmente en tiempo de flotas, la favorecían y sustentaban con sus limosnas, ayudando en lo temporal á los sujetos que tan sin pretensiones de propios intereses se ocupaban con todos sus talentos y fuerzas en beneficio común y bien espiritual de los fieles, y en la enseñanza é institución de los niños en una escuela que desde sus principios tuvo allí la Compañía, tan florida por la muchedumbre de plantas tiernas de niños que á ella se enviaban, pues solían pasar de ciento cincuenta, como por los felicísimos principios con que se comenzaban á arraigar en devoción y virtud, prometiendo el logro de sazonados frutos en su mayor edad. De que dieron bastante testimonio algunos casos particulares que en esta materia sucedieron con algunos niños de estos, que resplandeciendo en la devoción, parecían ancianos en la madurez de sus costumbres. Y aunque había muy lucida y bien inclinada juventud, no se abrieron escuelas de latinidad en el discurso de largo tiempo que estuvo esta casa con título de residencia, hasta tener fundador y renta para sustento del Colegio. Por lo cual, el año de 1639, el Dr. Fernando de la Serna Valdés, Racionero de la santa Iglesia Angelopolitina, merecedor de más aventajados puestos por su conocida virtud y letras, y no menos digno de anteponerse á muchos por los méritos de sus progenitores, que siendo de los primeros que pasaron á este Nuevo Mundo y en él hicieron pie, sirvieron á la católica Corona en el feliz principio de su población, siendo de los primeros que la emprendieron. Deseando, pues, como varón singularmente piadoso y celoso del bien de las almas, aficionado y devoto de la Compañía, que la ciudad de la Veracruz y su juventud en especial, participase más cumplidamente de nuestra enseñanza; dotó y fundó este Colegio, haciéndole donación de una hacienda patrimonial de ganado menor en el Distrito del Obispado de los Angeles, que preciándose á justa y común estimación en cuarenta y cinco mil pesos, la aceptó la Compañía por bastante dote de su fundación, con el debido agradecimiento al amor, liberalidad y beneficencia de tan insigne benefactor. Púsose luego en ejecución la lectura de Gramática, que no sólo ha sido de provecho á la juventud, sino de comodidad á sus padres, por el gasto que les hacían sus hijos por verse obligados á enviarlos á los estudios de las ciudades de México y la Puebla, y mucho más, por el sentimiento y pena que recibían apartándolos en edad tan tierna de su presencia. Obra de tanta utilidad, de tanto celo y piedad, no pudo dejar de ser agradable y agradecida de los del pueblo, á quien inmediatamente tocaba y alabada con singulares aplausos de personas graves y autoridades celo-

sas del bien público, y deseosas de su adelantamiento. Y el Ilmo. Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, luego que de los Reinos de España vino á estos y tuvo noticia de dicha fundación de nuestro Colegio, que caía en el Distrito de su Diócesis, hizo la estimación justa de obra tan de servicio de Dios, alabándola y engrandeciéndola y juzgándola por aumento de su Obispado y mayor crecimiento en virtud y letras de sus feligreses, aplaudiéndole al Dr. Fernando de la Serna el buen empleo de su hacienda y el buen logro de su patrimonio, pidiendo juntamente á la Compañía que para mayor consuelo suyo y bien de su clero se leyese una cátedra de Teología mortal, necesaria para formar dignos Ministros de las almas de su cargo. Testigo puedo ser de esto, porque estando en este tiempo á mi cargo esta Provincia de Nueva España, el Ilustrísimo Prelado me pidió y encargó no sólo que se leyese algunas materias morales y casos de conciencias, sino que también se formase alguna Congregación devota de los eclesiásticos, como en otros Colegios lo usa la Compañía. Y aunque condescendiendo á tan piadosa petición, se puso en ejecución por algún tiempo, pero mudándose después el afecto del señor Obispo y convirtiéndose en los molestos y pesados pleitos (de que atrás queda hecha relación), contra la Compañía y contra el Dr. Fernando de la Serna Valdés, por haber hecho la dicha donación sin sujetarla á paga de diezmos de la hacienda que había donado, excomulgándolo con censuras, y en embargo de su prebenda y hacienda, no se llevó adelante la lectura de moral, que por complacer á Su Ilustrísima se había comenzado. Aunque los estudios de Gramática y escuela de niños que aprenden á escribir y leer, y la doctrina cristiana y buenas costumbres, siempre ha perseverado y persevera hasta hoy en este Colegio. Lo cual también es de grande utilidad y provecho para los hijos de los que viven en estancias y puestos de haciendas en la comarca de este puerto.

## CAPITULO XVI.

MISIÓN QUE Á PUEBLOS DE INDIOS SE HIZO,  
Y OTRAS OBRAS DE CARIDAD  
QUE EN LA VERACRUZ HAN EJERCITADO LOS DE LA COMPAÑÍA.  
ESCRÍBESE UN CASTIGO GRAVE Y RARO  
DE LA DIVINA JUSTICIA EN UN SOLDADO QUE LOS ABORRECIÁ.

No ha sido menor el provecho de los indios en sus pueblos, aunque distantes, en las Misiones que de este puesto los nuestros han hecho para cultivar principalmente á los más necesitados de enseñanza y doctrina, y del socorro espiritual de la palabra divina y administración de los sacramentos santos de la confesión y comunión. Porque como los términos de algunos beneficios eran dilatados, había lugares á que los Sacerdotes raras veces llegaban; y así, saliendo nuestros Misioneros á correr la tierra, la fecundaban con el celestial rocío de su predicación y sembrando en ella la semilla del Evangelio, han cogido

copiosísimos frutos de verdadera penitencia. Y aunque pudiéramos en particular referir muchos y singulares, pero por no hacer prolija la relación y narración, nos remitimos á lo que en semejante materia queda en otros Colegios referido, contentándonos sólo con decir que los de éste no han sido menores ni menos dignos de rendir al Señor las debidas gracias por ellos; y como se echará de ver por copia de un capítulo de carta del P. Jerónimo Ramírez, operario infatigable y de apostólico espíritu, cuyas heroicas virtudes y hazañas hechas por Cristo, difusamente escribí en los Triunfos de nuestra santa fe. Estando, pues, empleado en una de estas Misiones, escribió al Padre Rector de este Colegio dándole razón de todo lo que hacía, y declarándole la gran disposición que hallaba en todos para la reformation de costumbres y vidas, y estampar en sus corazones todo género de piedad y virtud cristiana, lo declara por estas palabras. «Todo el tiempo que estuvimos en este pueblo no se vaciaba la Iglesia, y las noches hubo siempre disciplinas públicas y secretas. Todo era sollozos, gemidos y lágrimas y una rara perseverancia, estándose el día sin comer y la noche sin ir á dormir, esperando ocasión para confesarse, porque como era la gente mucha y el tiempo tan corto, toda esta diligencia era menester en esto. Las confesiones de toda la vida fueron muchas, las conversiones notables, los males que se atajaron grandes, y los pecados que se evitaron innumerables. Eran muy pocos los que antes comulgaban, mas oyendo las pláticas que de este soberano misterio se les hicieron, fueron tantas las ansias que mostraron y tan eficaces las diligencias que hicieron por recibir este Señor, que se hubo de administrar á gran número de gente. Precedió á la comunión una general disciplina en que se gastó gran parte de la noche, y el resto hasta la mañana gastaron muchos en oración. Y en amaneciendo Dios, estaba casi todo el pueblo en la Iglesia vestidos de fiesta con gran silencio y recogimiento, y comulgaron con tanta devoción, ternura y abundancia de lágrimas, que las hicieron derramar á los Sacerdotes y Ministros que celebraban y perseveraron más de una hora después de los oficios, dando gracias. Mas cuando otro día, acabado el sermón, les descubrí las cartas que había recibido en que me llamaban, fueron tantas las lágrimas de toda la Iglesia que estaba llena, que era para quebrar el corazón oír sus lástimas y ver los extremos que hicieron. En toda la tarde no me dieron espacio para respirar, comunicando cosas y pidiendo consejos é instrucciones para perseverar en la gracia y resistir á las tentaciones. Ah! Padre, decían: que se nos parte el corazón de dolor en verte partir tan presto, qué será de nosotros? Cuándo volveremos á oír semejantes razones? Tus palabras han sido saetas que han traspasado nuestra alma, y centellas que nos abrasan en vivas llamas, con las cuales al fin quiso Dios quebrantar nuestra dureza y penitencia. Ruega á Dios por nosotros para que no nos volvamos á enlodar en el cieno de nuestros pecados. Acudieron todos á despedirse de nosotros cargados de sus presentes, y las mujeres y niños nos enternecieron mucho con los extremos que hicieron. El Señor les ayude y envíe obreros que les puedan acudir más veces.» Hasta aquí el P. Jerónimo Ramírez, por cuya noticia se conocerá algo de lo mucho que en semejantes Misiones han trabajado los sujetos de este Colegio, como verdaderos Ministros del Evangelio.

No ha sido menos trabajo, y glorioso, el ministerio de catequizar y

confesar á los negros bozales que de Angola, Congo, Guinea y otras partes de África venían, empleándose con caridad apostólica en doctrinar á estos rudos é incapaces, é inmediatamente cortados de las selvas de su gentilismo. Los cuales, como eran de tres á cuatro mil cada año, y con el hambre, desnudez y otras incomodidades que pasaban en la estrechez de un navío; llegaban muchos enfermos y perecían algunos sin confesión y bautismo, porque aunque como algunos decían, al salir de sus tierras les echaban agua sobre las cabezas, ni tenían disposición conveniente ni doctrina, ni hacían concepto de la santa fe que recibían; y viendo los nuestros los daños de estas tristes almas que sin conocimiento de Cristo Nuestro Señor y de su santa Ley acababan miserablemente en tierra de cristianos, trataron de poner remedio á tan grave daño y librarlos del tirano cautiverio de Satanás avisando á los curas á cuyo cargo estaban; y estos con excomunión mayor, requirieron á los amos de los negros y á los médicos que los curaban, diesen luego noticia de los enfermos al Vicario ó á la Compañía para que fuesen bautizados ó confesados, en señalándoles primero los ministerios principales de nuestra fe católica, necesarios para su salvación, con que comenzaron los nuestros á acudir á los enfermos con tan extraña diligencia, que á todos admiraba y sobrepujaba á sus fuerzas instruyéndolos, con que á todos los edificaban; aunque con extraordinario trabajo por su incapacidad, y sufriendo con caridad y celo santo muchas incomodidades, y en especial el mal olor que despiden, que aumentado de la enfermedad era insufrible.

No sólo se han esmerado los de este Colegio en lo espiritual con los prójimos, sino también en lo temporal. Socorriendo á los necesitados de las flotas en lo que podían y repartiendo liberalmente con ellos de lo que Dios les ha dado, confiando que no faltará á los que están debajo de las alas de su Providencia. Año ha habido en que viviendo en la flota extraordinario número de gente pobre y necesitada de Castilla, en la casa de nuestra Compañía por espacio de un mes, hubo mesa franca todo el día, en que á más de ochenta pobres se daba de comer con abundancia. Acción que no sólo fué motivo de edificación á los vecinos, sino de singular reconocimiento á los que aquellos días, á expensas de nuestra caridad, se sustentaron.

Para rematar este capítulo, me pareció escribir en él un caso que el año de 1599 sucedió en esta ciudad con un soldado suelto y atrevido, en quien el Señor dió á entender el rigor de su justicia, como su loco atrevimiento y temerarias palabras dichas contra el honor de los religiosos merecía. Era este soldado, sobre todo encarecimiento, adverso á la Compañía, y había concebido tan mortal odio en su corazón contra ella, que en todas ocasiones pública y secretamente, procuraba escupir la ponzoña de su dañado ánimo, pretendiendo manchar el crédito y fama de los que á costa de sus trabajos empleados en el bien de las almas, habían ganado las voluntades de la ciudad y á él deseaban su salvación. Queriendo, pues, un día explicar la ojeriza y aborrecimiento que á los de la Compañía tenía, con gran fuerza y encono de palabras y con repetidos juramentos, afirmó que aunque se estuviese muriendo y no hubiese otro sacerdote que le confesase, no se confesaría con confesor de la Compañía, escandalizando con este hecho á los oídos cristianos que le atendían. Pero el Señor de la Ma-

jestad, que veía esto desde su alto trono y había tenido por bien de disimular otras veces, ésta no permitió que pasase adelante tan enorme y sacrilego atrevimiento, porque habiendo este soldado por muy pequeña ocasión que le dió otro, recibido gran pesadumbre y enojo, disimulando un poco el sentimiento y cólera, le habló con buenas aunque fingidas palabras, y sacándole de un corrillo de soldados deseoso de vengar la injuria que á su parecer había padecido, le llevó á la Iglesia de la isla, y entrando en ella dándole juntamente agua bendita, le dijo que se encomendase á Dios y pidiese ayuda al cielo, porque á sus manos había de rendir la vida y pagarle con ella lo que en público le había dicho para su afrenta. Turbóse el otro, y hablándole blandamente, le convidó con la paz, pero fué en vano. Y así, saliendo de la Iglesia y desnudando las espadas, le dió al temerario mancebo una mortal herida con que cayó en tierra agonizando. Al punto acudió gran número de gente y viéndole tan mal herido y luchando ya con la muerte, buscaron á toda prisa un sacerdote que lo confesase, y sólo hallaron uno de la Compañía, el cual, llegando antes que muriese, le dió voces é hizo otras muchas diligencias para que diese siquiera señas de su dolor para poderle absolver; pero cumpliendo lo que antes había prometido y siendo profeta de su mismo daño, no las dió, quedando el miserable muerto sin señal alguna de arrepentimiento, con notable sentimiento del Padre, admiración y espanto de los circunstantes, que trayendo á memoria y refiriendo su dicho, juzgaban haber sido castigo manifesto de tan grave delito; pues en tan peligroso lance, hallándose solo el religioso de la Compañía, no se había confesado muriendo en la obstinación de su mal afecto. Y ahora se seguirán las vidas de algunos de los varones claros que habiendo trabajado en estos puertos de la Veracruz antigua y nueva con celo apostólico del de las almas, remataron el curso de sus vidas con dichosas muertes.

## CAPITULO XVII.

VIDA DEL P. ALONSO GUILLÉN,  
FERVOROSO OPERARIO Y PRIMER SUPERIOR DE LA RESIDENCIA  
DE LA VERACRUZ. AÑO DE 1592.

Dicha fué grande de este Colegio haber tenido por piedra fundamental y primer Padre de él, al fervoroso P. Alonso Guillén, varón en doctrina, celo y heroicas virtudes excelente; cuya vida, aunque no ocupará larga escritura, será una suma de lo que basta para conocer la grandeza de su espíritu ardiente en deseos de dilatar la gloria de Dios y sacar las almas del poderío del demonio y de la pesada servidumbre del pecado.

Nació el P. Alonso Guillén en Gibraltar, de honestos y honrados padres que desde tiernos años procuraron imprimir en su hijo el afecto á las cosas de devoción, y que en él resplandeciese la piedad con las modestas costumbres que á esa edad la hermosean. Encamináronlo á las letras, y después de haber estudiado bastantemente la lengua la-

tina, lo enviaron á la insigne Universidad de Salamanca, emporio universal de las ciencias, para que emplease en el derecho canónico y civil su habilidad y feliz memoria, como lo hizo con ventaja entre los de su edad. Pero en medio de los aplausos de sus talentos le rayó la luz de otra divina sabiduría que le dió á conocer los regalos del mundo, y cuán dignos son de ser hollados los que en él se precian por verdaderas felicidades. Y así, determinó huir los peligros del siglo y acogerse al puerto seguro de la Religión, y alistarse entre los soldados de la milicia de Cristo.

Entró en la Compañía de Jesús con prendas amables, y dió luego en el noviciado esperanzas, bien fundadas en su virtud y propósitos fervorosos, de que había de ser fiel Ministro del Evangelio, y con la luz de su doctrina había de encaminar muchas almas al cielo; y cada día crecían con nueva fuerza estos deseos, hasta que buscando modo como desahogar su pecho, pidió pasar á las Indias, donde le pareció podría soltar las velas de su fervor y celo santo, y entregarse más de propósito á la conversión de las almas, que tan necesitadas estaban entonces de Ministros, y condescendiendo los superiores con sus fervientes afectos, le enviaron á esta Provincia donde halló mucha materia en que satisfacerse su caridad y mucho campo en que dilatarse su ardiente celo.

Su principal ocupación, acabados sus estudios, en que procedió con edificación y religioso ejemplo y con loa de lucido ingenio, fué en la ciudad de la Veracruz, donde sirvió de Misionero algún tiempo, corriendo con espíritu de apóstol la comarca y talento de Superior de los nuestros luego que allí tuvieron casa, y padeciendo trabajos, fatigas de caminos y otras incomodidades, salió con gloriosas victorias triunfando del enemigo, á quien despojó de muchas almas á quien poseía enredadas en vicios, y también dió materia á los que le oían y conocían, para reverenciarlo como á Ministro de celo santo, en que Dios había depositado muchas riquezas de gracia. Predicaba continuamente con gran fervor y encendía con sus palabras los corazones, reduciendo á los más obstinados pecadores al arrepentimiento de sus culpas y al camino de la virtud; causando asombro las conversiones que hacía, siendo conocida la disolución de vida y rotura de conciencias de los que se convertían: y aunque contra todo género de ofensas de Dios hablaba con raro espíritu, lamentándose de que tan buen Señor fuese de sus criaturas tan ofendido; pero contra el vicio de la deshonestidad, en que estaba entonces muy entregada aquella tierra, mostraba una tan rara energía y un decir tan eficaz y penetrante, que más parecían dictadas por el Espíritu Santo sus razones, que meditaciones de entendimiento humano con que despertaban muchas almas de su mortal letargo y salían del cieno de sus torpes deleites, recogiendo á hacer vidas ejemplares y virtuosas.

Pero avergonzado y corrido el demonio de los triunfos y victorias que de él alcanzaba con sus palabras el apostólico Padre, trató de hacerle una cruda guerra por medio de algunos hombres olvidados de su eterna salud y ciegos de las pasiones; los cuales, viendo al Padre tan empeñado en perseguir costumbres escandalosas y torpes, dieron en sentirse y agraviarse como si fueran públicamente afrentados y gravemente notados. Siendo así que el P. Alonso Guillén no había dado ocasión mínima á persona alguna de sentimiento justo, ni seña-

ládola en particular; ni de sus palabras se pudo jamás colegir que su intención fuese engendrar nota ó presunción contra los que así se daban por infamados. Pero estando ellos interiormente reprendidos de sus conciencias, se persuadían con facilidad que eran los señalados en los sermones; y así, para vengarse de él, que á su parecer los deshonraba, se valieron de varios medios, y llegó el sentimiento á tales términos, que un hombre grave y público se determinó de poner en el Padre las manos ó de hacerle matar para escarmiento de predicadores que se atreviesen á reprender con tanta energía semejantes vicios. Pero el Señor, que en su poder tiene los corazones de los hombres y mueve con facilidad á los más obstinados á su conocimiento y enmienda, redujo á éste por medio de las religiosas palabras del Padre á que reconociese su ceguedad y temeraria locura, y públicamente y con humilde reconocimiento pidió perdón y penitencia de su yerro, diciendo: que irritado de la fuerza y eficacia de la celestial doctrina del Padre, había prorrumpido en aquel frenesí, pero que los ejemplos de su inculpable vida le reprimían hasta que le obligaron á tomar diferente acuerdo. De lo que el Padre, confuso y avergonzado, le pidió diese la gloria á Dios cuya clemencia le había alumbrado el entendimiento, que le rogaba encarecidamente que á él no le nombrase ni alabase, sino que le tuviese por pecador como lo era.

Bramaba todavía el demonio, y como inquieto y furioso enemigo del género humano, maquinaba nuevos ardidés para derribar este nuevo soldado de Cristo, incitando hombres perdidos que como ministros suyos le acometiesen, y quitándole de las manos el fruto de su santa doctrina, oscureciesen la gloria con que en los ojos de la gente resplandecía. Una persona se valió de mujeres perdidas que hicieron exquisitas diligencias para enhechizarlo y que cayese en el mismo torpe vicio que con tanta eficacia reprendía, pero el Señor, que le tenía debajo de su amparo, dispuso que no tuviesen efecto sino se desvaneciesen los hechizos, y convirtiendo la ponzoña en triaca, hizo que lo que había sido medio para tan grave daño fuese ocasión de muy grande bien y remedio. Porque viendo el hombre perdido que había intentado la maldad, que no puede prevalecer la fuerza humana contra el poder divino que favorece y defiende á sus siervos, reconoció su delito, lloró amargamente su culpa, y yéndose al Padre lleno de arrepentimiento, se la manifestó para que le impusiese la penitencia que merecía.

No paraba el demonio en perseguir la pureza de este siervo de Dios, como ni tampoco se contentó con acometer al Hijo de Dios con una tentación sola. Porque otra persona, viendo tan recatado y compuesto al Padre, la pretendió armar el lazo encubriéndoselo con capa y apariencia de celo y caridad. Trabaron él y otros amistad fingida con el religioso y honesto Padre, pero á la verdad, los que se mostraban exteriormente corderos, eran en lo interior lobos y enemigos crueles de su pureza. Viniéronle un día á rogar tuviese por bien de ir á sembrar la semilla de la palabra divina al distrito donde ellos vivían y á algunas leguas de la Veracruz, donde el principal era juez, encareciéndole la falta que de doctrina y pasto espiritual padecía aquella gente, y que más vivían como salvajes y brutos, dando larga á sus apetitos sin acordarse de Dios ni de la vida ó muerte eterna, que como hombres de razón y cristianos, y representándole otras razones que el padre

de la mentira les supo ofrecer, para poner en ejecución el ánimo dañado de su perversa intención. Compadecióse el Padre de la miseria de aquella pobre gente, y prometió que en haciéndose á la vela la flota, que ya estaba de partida, en que tenía entonces ocupación necesaria, se pondría luego en camino para consolar aquellos pobres indios y librarlos de la miseria en que estaban. Dentro de breves días volvieron á hacer instancia con fuerza de prevenidas razones, de suerte que se halló obligado el fervoroso Padre á salir luego á ayudar á aquella pobre gente, y bien ajeno de la falsa y disimulada piedad con que le llevaban, y llegando á una posada en que le hicieron parar, tramaron los desatinados hombres con una ciega temeridad, que una deshonesta y perdida mujer diese asalto á su castidad, para que perdiendo á Dios y el buen crédito de su santa vida, no pudiese reprender con tanta eficacia el vicio de que ellos estaban cautivos. Entró secretamente la mujer á la media noche en el aposento del Padre, y con blandos pasos, se acercó á su cama, pero el siervo de Dios, que estaba en oración velando para la guarda de su corazón, más que los enemigos velaban en contrastar su pureza, en sintiendo cerca de sí aquel tizón del infierno, dió tan espantosas voces, que estremecieron la casa y turbaron á la desdichada mujer, y reprendiendo ásperamente á los autores de aquella maldad, salió luego de allí y se fué á los pueblos de indios á sacar del poder de Satanás las almas necesitadas de remedio, y vengarse de él con tales despojos.

Volvió el P. Alonso Guillén á la Veracruz rico de frutos abundantes de almas, y allí le imputaron nuevas falsedades y le levantaron nuevas borrascas contra su ejemplarísima y santa vida, publicando otra mujer desatinada y deshonesta que con ella había ofendido á Dios; pero la divina Majestad, que mira por la honra de sus inocentes siervos, la puso en breves días en extremo peligroso de su muerte, con tan excesivos dolores y tan fuertes remordimientos de conciencia, que no pudiéndolos ya sufrir, convocó muchas gentes, y publicando á grandes voces su culpa y atrevimiento, se desdijo de lo que contra el purísimo Padre había dicho, aclamando por santo al que había querido manchar su maldita lengua. Caso fué éste entonces muy público en la ciudad, pero el P. Alonso Guillén nunca se defendió, ni excusó ni dejó de servir á Dios y á los prójimos, exhortando siempre á la virtud y reprendiendo los vicios.

Quien tan perseguido era de los hombres, muy amigo debía de ser de Dios, pues bastante calificación de los santos es la declarada persecución de los malos. Tan unido vivía con Dios el P. Alonso Guillén, cuanto desarraigado y ajeno de los afectos del mundo. Y estas persecuciones eran alas con que este fervoroso siervo de Dios volaba á lo más encumbrado de la perfección, buscando tan deveras á Dios y amándole con tan entrañable afecto, que se conocía de él que quisiera ser como un serafín del cielo; y de aquí nacía que era tan exacto y riguroso juez de sus faltas por pequeñas que fuesen, que apenas sentía haber cometido alguna cuando luego se confesaba, y así eran muchas las veces que al día llegaba á este santo sacramento y por lo menos solían ser tres, la una por preparación de la Misa y las otras dos al tiempo de los dos exámenes: tan grande era la pureza de su conciencia. A ésta le movían el ejemplar de limpieza de la Santísima Virgen María Nuestra Señora, de quien fué tiernísimo amante, haciéndosele

los ojos fuentes de lágrimas siempre que hablaba con esta Soberana Señora la Virgen María. Y aunque también con otros santos tenía devoción, pero con la virgen Santa Catalina de Sena, cuya vida tradujo en castellano, aprendió mucha y singular doctrina que practicaba.

Ocupado andaba este fervoroso operario en acaudalar virtudes y ganar almas para el cielo, y lleno de muchos merecimientos dispuso Dios Nuestro Señor que fuese á gozar de la corona del cielo y gloria que le tenía preparada después de tan santa vida, en la ocasión siguiente: cumplidos diez años de Superior en la Veracruz y de los misterios santos que aquí había ejercitado, fué llamado á México para negocios importantes de la Provincia que había de ir á diligenciar en España cerca del año de 1592, donde apenas hubo llegado cuando cayó en una enfermedad en la ciudad de Badajoz, siendo tal el ejemplo que en ella dió, que un caballero que le hospedó en su casa dijo que el sermón de obras y fervor del P. Alonso Guillén, le habían persuadido á tratar de la fundación de un Colegio de la Compañía, aunque no se efectuó por la muerte de dicho caballero. De aquí pasó el Padre á Madrid, y concluidos los negocios que á su cargo llevaba de esta Provincia, y viniendo de camino para Sevilla, murió en el Colegio de Oropeza, después de 24 años de Religión, dejando en ambos mundos insignes testimonios de su santa vida, y partiéndose á gozar de la eterna para perpetuo descanso de sus trabajos.

## CAPITULO XVIII.

VIDA Y VIRTUDES DEL APOSTÓLICO VARÓN P. JUAN ROGEL.  
AÑO DE 1613.

Compañero del P. Alonso Guillén en la fundación del Colegio de la Veracruz, y mucho más en los religiosos ejemplos y apostólicos empleos de la salud de las almas, fué el ejemplarísimo P. Juan Rogel valeroso soldado de la milicia de Cristo y de los tres primeros de la Compañía que con el estandarte de nuestra santa fe pasaron á propagarla en el Nuevo Mundo y llegaron á las bárbaras tierras de la Florida.

Fué el P. Juan Rogel natural de Pamplona en el reino de Navarra, donde vivió virtuosa y ejemplarmente con edificación y preñuncios de que le tenía escogido el Señor para las gloriosas empresas y religiosas hazañas que le aguardaban en su Compañía, en que se dedicó á servirle el año de 1553, y tres antes del feliz tránsito de nuestro bienaventurado Padre y Patriarca San Ignacio, y á los 25 cumplidos de su edad. Y habiendo en el noviciado adornado su alma con esmaltes preciosos de las muchas religiosas virtudes que acaudaló, siendo á sus connovicios un vivo dechado de regular observancia, la que más en él resplandeció como más perfecta, fué una encendida caridad con Dios y abrasado celo de la salud de los prójimos, deseando dar la vida y verter la sangre por su remedio. Este alentado espíritu del P. Juan Rogel llegó á noticia de nuestro bienaventurado P. Francisco de Borja, que á la sazón era General, y buscaba semejantes varones fervo-